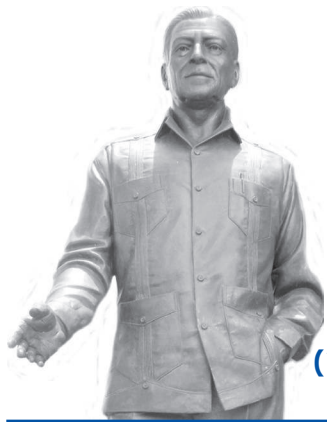




Presencia de ánimo

(12 de agosto de 1956)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2624

DOMINGO 3 DE ENERO DE 2021



ESCRIBEN: Gerardo Cham, Alejandro Pérez, Norma Navarrete, César Anguiano,
Magda Escareño, Brandon Enciso y Carlos *Caco* Ceballos.

El ojo de Tichý

Gerardo Cham

Miroslav Tichý vivió la mayor parte de su vida en Kyjov, una pequeña ciudad de la República Checa. Durante muchos años, tal vez hasta su fallecimiento en abril de 2011, los habitantes de esa ciudad creían que aquel anciano de 85 años era un vagabundo loco tirado a las calles con una cámara fotográfica inservible, ensamblada con desperdicios y basura. Todo el tiempo estuvieron equivocados. En realidad Miroslav Tichý era un fotógrafo maravilloso que, desde la década de los años sesenta se había dedicado a tomar fotografías con cámaras que él mismo armaba literalmente con desechos.

Utilizaba cualquier material disponible a su alcance. Tablillas, tubitos de papel higiénico, pexiglas, sellador para asfalto y tubos de plástico a manera de lentes. Con esas cámaras deambulaba por las calles capturando cientos de imágenes compulsivas en torno al gran tema que lo obsesionó durante toda su vida: mujeres. Él mismo afirmaba que se imponía el deber sagrado de hacer cien tomas cada día. Mujeres sentadas, fumando, pedaleando en bicicleta, recargadas en algún café, tumbadas sobre el césped o simplemente soltando risas al aire. Dado que esas mujeres anónimas suponían que Tichý les apuntaba con una cámara de juguete, posaban divertidas, alegres, juguetonas. Muchas veces mirando a Tichý sin sospechar que realmente estaban siendo fotografiadas por un artista excepcional. Hoy en día sus fotos se consideran imágenes de culto. Se cotizan hasta en 8 mil euros y se han expuesto en prestigiosas galerías de Berlín, Zúrich y Nueva York.

El trabajo artístico de ese “loco de pueblo” resulta aún más sorprendente si tomamos en cuenta que, prácticamente desde las primeras horas de los años sesenta decidió abandonar Praga y aislarse en una pequeña buhardilla de su natal Kyjov. Nunca más vivió en otro lugar, ni siquiera cuando supo que su trabajo fotográfico estaba teniendo gran éxito en distintas galerías de Europa. Tenía buenas razones para llevar una vida de ermitaño.

Había nacido en 1926 en el seno de una familia

campesina muy humilde. Desde muy temprano mostró su pasión por la pintura. Todo parecía dispuesto para convertirse en gran pintor modernista. Sin embargo, no fue así. En 1948 llegaron al poder los comunistas. A partir de ese momento la vida de Tichý dio un vuelco dramático. Los inspectores del régimen decidieron someterlo mediante severas restricciones que al paso del tiempo se volvieron insoportables, sobre todo cuando le prohibieron pintar desnudos. La rebeldía de Tichý no se hizo esperar. Se volvió irreverente, contestatario, desaliñado y por supuesto siguió pintando desnudos de manera clandestina.

Las autoridades comunistas veían el comportamiento de aquel muchacho como una forma de disidencia política. Para “normalizarlo” decidieron someterlo a toda clase de persecuciones insidiosas hasta encerrarlo en prisiones y hospitales psiquiátricos. Así pasó más de diez años soportando hambres, miserias y toda clase de maltratos, hasta que, una vez libre decidió abandonar la pintura y trasladarse a Kyjov, donde empezó a experimentar con cámaras fotográficas elaboradas por él mismo. Poco a poco Tichý fue construyendo un maravilloso monumento a la belleza espontánea de mujeres rebosantes de belleza y sensualidad.

A pesar de su aspecto vagabundo, Miroslav Tichý mantenía una rutina estricta. Cada mañana se levantaba muy temprano y después de tomar sorbos de café con alcohol se lanzaba a patear las calles de Kyjov con el único propósito de capturar imágenes espontáneas de mujeres que deambulaban por las calles. Uno de sus escenarios favoritos fue la piscina pública de Kyjov. Apostado tras la valla perimetral consiguió imágenes sugestivas de gran belleza. También hacía recorridos estratégicos alrededor del mercado, en las paradas de los autobuses, junto a los templos, afuera de los cafés o sobre cualquier banqueta. En algún momento le prohibieron acercarse a la piscina pública debido a su aspecto harapiento. Pero esos inconvenientes nunca lo detuvieron. Tichý se las ingenió para armarse teleobjetivos con tubos de plástico. De esa manera pudo tomar fotografías a mayor distancia, sin ser molestado.



Una de las cámaras utilizadas por Miroslav Tichý, armada con desechos.



El fotógrafo Miroslav Tichý, portando una cámara con teleobjetivo, todo de su propia manufactura.

Por las noches regresaba a su buhardilla y con una ampliadora, también construida con desperdicios, revelaba sus fotografías. Muchas estaban sobreexpuestas, desenfocadas, movidas. A él no le importaba, pues la belleza de su arte consistía precisamente en permitir flujos libres de imperfecciones. Dejaba que las fotos se dañaran. Casi todas están rayadas, mordidas por las ratas, manchadas con café o tienen alguna raspadura. Él mismo les hacía marcos con cartoncitos que luego rayaba caprichosamente antes de aventarlas al suelo.

En 1981 su vecino y amigo de la infancia, Roman Buxbaum, empezó a visitarlo y con gran sorpresa descubrió que en su estudio había cientos de rollos e impresiones regadas por el suelo. Él fue la única persona que tuvo acceso a las bellas imágenes captadas por Tichý. Filmó un documental apasionante titulado *Tarzan retired*, disponible en YouTube. Ahí podemos ver al gran Miroslav escudriñado en su buhardilla. Habla, sonríe, da tragos a su cerveza Pilsner. Confiesa frente a cámara que nunca le interesó la belleza folclórica de las celebridades. Prefirió indagar en la verdad espontánea de las calles, sin afectaciones, sin temor a las críticas del espectador. Su único riesgo consistía en ser capaz de satisfacerse a sí mismo.

Tal vez por eso se ha dicho que la obra de Tichý es también un maravilloso homenaje a los voyeristas del mundo. Puede ser, lo cierto es que en el caso de Miroslav Tichý su vida y su obra fotográfica parecen trazadas bajo la misma poética del escape hacia una luz radiante, solo posible desde el arte clandestino. De ahí la belleza del consejo que Tichý suelta riéndose frente a la cámara. "Primero que nada tienes que tener una cámara mala, y si quieres ser famoso debes hacer algo mucho más mal hecho que nadie en el mundo entero".



El tema de Tichý siempre fue el mismo: las mujeres con su belleza espontánea.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Presencia de ánimo

Don Manuel Sánchez Silva

(12 de agosto de 1956)

Quienes asistieron al nacimiento del cine sonoro, ubican este acontecimiento entre los años de 1927 a 1928, fecha en que la combinación del cinematógrafo y del fonógrafo fue conocida y propagada en el país, dando lugar a que se pusiera de moda la palabra “sincronización”, que hasta entonces había dormido plácidamente entre los más ignorados rincones del diccionario.

Porque efectivamente el cine sonoro fue, en sus principios, la sincronización más o menos perfeccionada del movimiento producido por el proyector cinematógrafo y las voces y efectos sonoros grabados en discos.

Este procedimiento provocaba frecuentemente situaciones chuscas, cuando se rompía la uniformidad del ritmo entre los dos aparatos del sistema, resultando que las detonaciones de un arma de fuego se anticipaban o retrasaban a la acción objetiva del disparo y la dama de la pantalla hablaba en voz de hombre, en tanto que el galán lo hacía con falsete femenino. Fue hasta muchos años después que se aplicó el principio de la fotocelda electrónica, resolviendo el problema de la sincronización perfecta y automáticamente se lograba sonido y movimiento.

Sin embargo, el cine sonoro tuvo un origen muy anterior al que generalmente se le atribuye. En 1917 vino a Colima una empresa formada por los señores Ignacio Sánchez Aldana y Carlos Montúfar, que presentaron en el teatro Hidalgo un espectáculo denominado “Kinetófono” y que no era, en verdad, sino lo que años después prosperara bajo el nombre de cine sonoro.

Empezaba el programa con la exhibición de una cinta en la que aparecía un sujeto vestido de etiqueta, colocado junto a un piano vertical sobre el que había un rímero de platos de porcelana.

En el foro del teatro y atrás de la pantalla, estaba instalado un gran fonógrafo provisto de una bocina monumental, atendido por un experto operador encargado de colocar los discos relacionados con la película y de regular la velocidad del platillo de acuerdo con la cadencia de la cinta; es decir: de sincronizar el sonido con el movimiento.

Ante el público ingenuo de aquella época, que se conformaba con las extravagancias cinematográficas de Cebollino y Max Linder, y la mímica deliciosamente ridícula de Francesca Bertini, Lidia Borelli y Pina Menichelli, el artista aquel del kinetófono empezaba a explicar de viva voz el principio científico del invento, gracias al cual el público podía ver y escuchar a un tiempo mismo. Con estudiadas actitudes de exagerada importancia, el buen señor, vestido de etiquetas, se sentaba al piano, abría el instrumento y entonaba la popular canción de “La Paloma”, acompañándose él mismo con abundancia de gestos y ademanes melodramáticos.

Terminada la melodía, el artista tomaba varios platos, que al dejarlos caer se estrellaban en el suelo y los espectadores se consideraban trasladados al “país de las maravillas” al escuchar el “crac” de la porcelana despedazada, en el preciso instante de que la veían fragmentarse.

A ese primer rollo seguían otros por el estilo, hasta completar dos horas de espectáculo, del que los asistentes salían convencidos de quedar en deuda con la empresa del kinetófono, la cual tuvo que ceder el teatro a una compañía de ópera italiana, encabezada por los célebres cantantes Alfredo Grazziani y Alberto López Canti, barítono y tenor respectivamente.

Debutó la compañía con “Rigoletto”, de Verdi, y se anotó un clamoroso triunfo, poniendo en seguida “Lucía de Lammermoor”, del maestro Donizetti.

Desde la primera función, don Carlos Montúfar, copropietario del kinetófono, se instaló en primera fila de galería, pues siendo un apasionado de la música aprovechó la ocasión para disfrutarla.

Era don Carlos, por ese tiempo, un robusto acapulqueño de un poco más de 40 años de edad, alto, moreno, simpático y bien plantado. Había llevado una vida pintoresca de constantes aventuras en que la hizo de todo: de grumete de barco de carga, pescador de salmón, guerrillero villista, barman y numerosos oficios, a cual más de disímbolos, en todos los cuales exhibía un buen humor inalterable y una indomable energía. Dueño de una modesta fortuna, se había asociado con su viejo amigo Sánchez Aldana para recorrer el país, explotando el kinetófono.

Su afición por la música la explicaba con el mismo gracejo original que le eran peculiar:

–Me calma los nervios y me vuelve sentimental...

Su predilección por la más modesta las localidades, la justificaba diciendo:

–Ahí vamos los buenos aficionados. Las lunetas y las plateas se llenan siempre de nuevos ricos y de gente que no van al teatro a oír, sino a que se les mire. En cambio, los que realmente sentimos la música, nos damos cita en “gayola” –y allá se iba.

En la representación de “Lucía”, cuando la tiple entonaba la famosa “Aria de la locura”, ocurrió un incidente que pudo ser de imponderables consecuencias. De pronto e imponiéndose la voz de la cantante, alguien lanzó el terrible grito:

–¡Tiembra!

Todos los espectadores se pusieron de pie, desencajados e histéricos, y sus miradas extraviadas convergieron hacia el mismo punto: la única puerta de salida, que de haber pretendido tomarla se hubiera registrado seguramente una hecatombe, pero en esos segundos de intensa angustia se escuchó una voz potente que venía de las alturas:

–¡Calma! ¡Tengan calma! ¡No es cierto que está temblando! ¡Que nadie se mueva de sus asientos! ¡Tengan calma y siéntense!

Tan imperioso era el acento de aquella voz metálica y autoritaria, que todo el mundo miró hacia el lugar de donde procedía. Allá arriba, en primera fila de la galería, un hombre de gallardo continente se apoyaba con la mano izquierda en el barandal, para adelantar la parte superior del cuerpo hacia el vacío, y profería aquellas palabras tranquilizadoras, vigorosamente subrayadas con ademanes enérgicos de su brazo derecho.

¡Era don Carlos Montúfar!

Como siempre acontece cuando en casos de terror colectivo alguien conserva la entereza y se impone al pánico, se tranquilizaron los ánimos y se conjuró al desorden de que estallara.

Y cuando horas después, en rueda de amigos, se felicitaba a don Carlos por su entereza, el héroe de la noche desvanecía su mérito con una de sus características respuestas:

–Pero, hombre, lo peor es que sí tembló; pero si esa gente hubiera abandonado el teatro, aparte de quedar convertidos en puré, la función se hubiera interrumpido. Y yo no iba a consentir que me dejaran a medias con mi “Lucía”. ¿Qué hubiera dicho Donizetti?



En la representación de “Lucía”, cuando la tiple entonaba la famosa “Aria de la locura”, ocurrió un incidente que pudo ser de imponderables consecuencias.

Una ola

Alejandro Pérez-Cortés

UNA OLA BAÑA las rocas y de un agujero sale una iguana.
La vemos, nos ve.

Un cangrejo moyo llegó con la última ola.
Lo vemos, nos ve.

La iguana y el cangrejo se miran de frente.
La iguana mueve la cola,
el cangrejo cierra y abre sus pinzas.

Tú crees que algo se dicen con la mirada o
con el movimiento de sus cuerpos.

El cangrejo camina hacia su izquierda y se pierde entre las rocas,
la iguana se pierde también.

Si el cangrejo y la iguana se comunicaron,
-¿qué crees que se dijeron?,
me preguntas,

-algo se dijeron de ti y de mí,
respondo,

de este mirar mío que es tuyo,
y la danza de tu pelo al sol el viento espuma.

No dibujas un corazón en la arena pero escribes nuestros nombres.

-Otra tarde juntos, me dices,
-Otra, respondo.

-¿Cuántas tardes más?,
preguntas,

-Incontables, respondo.

-¿Cómo se llama esta playa?, preguntas.

-Camila.

El huevo y la gallina, de Clarice Lispector

César Anguiano

Presentación

San Juan de la Cruz escribió las *Condiciones del pájaro solitario*; Lorrie Moore, *Cómo convertirse en escritora*; yo alguna vez intenté algo similar en *Conduciendo en la madrugada*, pero quien se lleva las palmas en este tema, definitivamente, es Clarice Lispector con *El huevo y la gallina*. El escrito, aunque viene en la colección de *Todos os contos* de la autora, es más semejante a lo que nosotros llamamos ensayo. Es una reflexión aparentemente disparatada sobre el artista y su trabajo, un escrito que comienza como un juego un tanto confuso, pero que poco a poco se vuelve más claro, más profundo y dramático. Es uno de esos escritos que confortan a otros escritores, una especie de ungüento para curar las heridas del alma. Es también una crítica al entorno del escritor, a sus dones reales o imaginarios. Es una pequeña obra maestra más de las muchas que logró Lispector, una obra que nos hace comprender de golpe lo mal que hacemos en continuar ignorando o leyendo poco sus trabajos. Desconozco si el cuento ha sido previamente traducido al español. Pero he querido traducirlo de nuevo con la esperanza de que otros lectores sientan la misma fascinación y placer yo cuando lo leí por primera vez. La poesía, lo poético, dijo una vez Juan José Arreola, es lo único que hace que nuestra vida humana sea digna de vivirse. Clarice es definitivamente una de las grandes del siglo XX, a la par o incluso superior a muchos escritores más famosos. Inmigrante judía brasileña, elogiada y reconocida en su tiempo, no es sino ahora que empieza a reconocerse como la escritora brasileña más importante de la centuria pasada.

El huevo y la gallina

Clarice Lispector

Traducción de César Anguiano

En la mañana, en la cocina, sobre la mesa, veo el huevo.

Veo el huevo de golpe. De inmediato percibo que no puedo estar mirando un huevo. Mirar un

huevo nunca ocurre en el presente: apenas veo un huevo y ya se vuelve un haber visto un huevo hace tres mil años. En el mismo instante de mirar el huevo, se transforma en el recuerdo de un huevo. Sólo ve un huevo quien ya lo ha visto. Tan pronto se mira es demasiado tarde: huevo visto, huevo perdido. Ver el huevo es la promesa de llegar un día a ver un huevo. Mirar miope e indivisible, si es que hay pensamiento. Pero no lo hay. Lo que hay es un huevo. Mirar es el instrumento necesario que, después de usado, se arroja por la ventana. Me quedo con el huevo. El huevo no tiene un sí mismo. Individualmente no existe.

Ver el huevo es imposible: el huevo es supra visible así como hay sonidos supersónicos. Nadie es capaz de ver un huevo. ¿El perro ve al huevo? Sólo las máquinas ven al huevo. La grúa ve al huevo. Cuando yo era una mujer de la antigüedad un huevo se posó sobre mi hombro. El amor por un huevo tampoco se siente. El amor por un huevo es suprasensible. La gente no sabe que ama un huevo. Cuando yo era una mujer de la antigüedad, pues, fui depositaria de un huevo y caminaba lentamente para no turbar el silencio del huevo. Cuando morí, me separaron con cuidado del huevo. Aún estaba vivo. Sólo quien mira el mundo, mirará el huevo. Como el mundo, el huevo es algo

obvio.

El huevo ya no existe. Como la luz de la estrella ya muerta, el huevo propiamente dicho, ha dejado de existir. Usted es perfecto, huevo. Usted es blanco. A usted dedico el comienzo. A usted dedico algo, por primera vez.

Al huevo dedico la nación china.

El huevo es una cosa suspensa. Nunca se posó sobre nada. Cuando se posa, no es él quien se ha posado. Fue una cosa que se quedó debajo del huevo. Miro al huevo en la cocina con atención superficial para no romperlo. Tomo el mayor cuidado en no entenderlo. Siendo imposible entenderlo, sé que si yo lo entiendo es porque estoy cometiendo un error. Entender es la prueba del error. Entenderlo no es el modo de mirarlo. Pensar en el huevo jamás es un modo de haberlo visto. ¿Será que sé algo sobre el huevo? Es casi seguro que lo sepa. Así: existo, luego sé. Lo que no sé del huevo es lo que realmente importa. Lo



que no sé del huevo me da al huevo propiamente dicho. La luna está habitada por huevos.

El huevo es una exteriorización. Tener una cáscara es entregarse. El huevo desnuda a la cocina. Hace de la mesa un plano inclinado. El huevo expone. Quien se interna en el huevo, quien ve más que la superficie del huevo, está deseando otra cosa, tiene hambre.

El huevo es el alma de la gallina. La gallina torpe. El huevo seguro de sí mismo. La gallina asustada. El huevo cierto. Como un proyectil suspendido. Pues el huevo sólo es huevo en el espacio. Huevo sobre azul. Te amo, huevo. Te amo como una cosa que ni siquiera sabe que ama otra cosa. No lo toco. El aura de mis dedos es lo que lo percibe. No lo toco. Pues dedicarme a la contemplación del huevo sería morir para la vida mundana, y a mí me son necesarios la clara y el huevo. El huevo me mira. ¿El huevo me idealiza? ¿El huevo me piensa? No, el huevo apenas me ve. Es la falta de comprensión lo que duele. El huevo nunca batalló. Es un don. El huevo es invisible al ojo desnudo. De huevo en huevo se llega a Dios, el cual es invisible al ojo desnudo. El huevo se ovala. ¿Es el huevo básicamente un jarro? ¿Habría sido el primer jarro moldeado por los etruscos? No. El huevo es originario de Macedonia. Ahí fue calculado, fruto de la más penosa espontaneidad. En las arenas de Macedonia, un hombre con una vara en la mano lo dibujó. Y después lo borró con el pie desnudo.

El huevo es una cosa que precisa tener cuidado. Por eso la gallina es el disfraz del huevo. La gallina existe para que el huevo atravesase los tiempos. Una madre es para eso. El huevo vive como fugitivo por estar siempre demasiado adelantado a su época. El huevo, por consiguiente, será siempre revolucionario. Vive dentro de la gallina para que no lo llamen blanco. El huevo es lo blanco mismo. Pero no puede ser llamado blanco. No porque eso le haga mal a él, sino a las personas que lo llaman así, esas personas están muertas para la vida. Llamar blanco aquello que es blanco puede destruir a la humanidad. Una vez un hombre fue acusado de ser lo que era, y fue llamado "Aquel hombre". No habían mentido. Lo era. Pero incluso hoy no nos hemos recuperado del todo. Ley general por la que continuamos vivos: se puede decir "un rostro bonito", mas quien dice "rostro" muere, por haber revelado y arruinado el secreto.

Con el tiempo, el huevo se volvió huevo de gallina. No lo es. Pero dotado de él, úsalo de sobrenombre. Debe decirse "el huevo de la gallina". Si sólo se dijese "el huevo" se vendería el asunto y el mundo quedaría desnudo. En relación al huevo, el peligro es que se descubra lo que se podría llamar belleza, esta es su verdad. La veracidad del huevo no es verosímil.

Si lo descubrieran, podrían querer obligarlo a volverse rectangular. El peligro no es para el huevo, él no se volvería rectangular. (Nuestra seguridad radica en que él no puede: no poder es la fuerza del huevo: su grandiosidad viene de la grandeza de no poder, que se irradia como un no querer). Pero quien intentase volverlo rectangular estaría perdiendo su propia vida. El huevo nos pone, por consiguiente, en peligro. Nuestra ventaja es que el huevo es invisible. En cuanto a los iniciados, ellos disfrazan el huevo.

En cuanto al cuerpo de la gallina, el cuerpo de la gallina es la prueba más grande de que el huevo no existe. Basta mirar a la gallina para que se vuelva obvio que es imposible que exista el huevo.

¿Y la gallina? El huevo es el gran sacrificio de la gallina. El huevo es la cruz que la gallina carga en la vida. El huevo es el sueño inalcanzable de la gallina. La gallina ama al huevo. Pero no sabe que el huevo existe. ¿Si supiese que lleva en sí misma un huevo, se salvaría? ¿Si supiese que tiene en sí misma el huevo, perdería su condición de gallina? Ser una gallina es la sobrevivencia de la gallina. Sobrevivir es la salvación. Pues parece que el vivir no existe. Vivir lleva a la muerte. Entonces, lo que la gallina hace, es estar permanentemente sobreviviendo. Sobrevivir se llama a mantener una lucha contra la vida que es mortal. Ser una gallina es eso. La gallina tiene el aire restringido.

Es necesario que la gallina no sepa que tiene un huevo. Si no, ella se salvaría como gallina, lo que tampoco está garantizado, pero perdería al huevo. Ella no sabe, entonces. Para que el huevo use a la gallina es que la gallina existe. Ella sólo existía para realizarse,

pero sintió gusto. La tristeza de la gallina viene de eso: gustar no formaba parte de nacer. Gustar de estar vivo, duele. En cuanto a quién descubrió a quién antes, fue el huevo quien descubrió a la gallina. La gallina ni siquiera fue llamada. La gallina es claramente una escogida. La gallina vive como en un sueño. No tiene sentido de la realidad. Todo el miedo de la gallina viene de estar siempre interrumpiendo su devaneo. La gallina es un gran sueño. La gallina sufre de un mal desconocido. El mal desconocido de la gallina es el huevo. No sabe explicarse: "sé que el error está en mí misma", llama error a su propia vida, "no sé sino lo que siento", etc.

"Etc., etc., etc." Es lo que cacaraquea el día entero la gallina. La gallina tiene mucha vida interior. Para hablar de la verdad la gallina sólo tiene realmente esta vida interior. Nuestra visión de su vida interior es lo que nosotros llamamos "gallina". La vida interior en la gallina consiste en actuar como si entendiese. Cualquier amenaza y ella grita escandalosamente hecha una loca. Todo eso para que el huevo no se quiebre dentro de ella. El huevo que se rompe dentro de la gallina es como sangre.

La gallina mira el horizonte. Como si desde la línea del horizonte estuviera aproximándose un huevo. Además de ser un medio de transporte para el huevo, la gallina es tonta, perezosa y miope. ¿Cómo podría la gallina entenderse si ella es la contradicción de un huevo? El huevo es aún el mismo que se originó en Macedonia. La gallina es siempre la tragedia más moderna. Está siempre inútilmente al día. Y continúa siendo rediseñada. Aún no se encuentra la forma más adecuada para una gallina. Tan pronto mi vecino contesta el teléfono, rediseña con lápiz distraído la gallina. Pero para la gallina no hay esperanza, está

en su condición no ser útil a sí misma. Siendo, quizá, su destino más importante que ella misma, y siendo su destino el huevo, su vida personal no nos interesa.

La gallina no reconoce el huevo dentro de ella, pero fuera de sí tampoco. Cuando la gallina ve el huevo piensa que está lidiando con una cosa imposible. Y con el corazón latiendo aprisa, con el corazón latiendo fuerte, se queda sin reconocerlo.

De repente veo el huevo en la cocina y sólo veo en él la comida. No lo reconozco, y mi corazón se acelera. La metamorfosis está realizándose en mí: comienzo a no poder ver más el huevo. Fuera de cada huevo particular, fuera de cada huevo que se come, el huevo no existe. Ya no logro continuar creyendo en un huevo. Estoy cada vez más sin fuerza para creer, estoy muriendo, adiós, miré en exceso un huevo y este me fue adornando.

La gallina que no quería sacrificar su vida. La que optó por querer ser feliz. La que no percibía que, si pasase la vida dibujando dentro de sí como en una pintura al huevo, ella estaría siendo útil.

La que no sabía perderse en sí misma. La que pensó que tenía plumas de gallina para cubrirse por poseer una piel preciosa, sin entender que las plumas eran sólo para suavizar la travesía mientras cargaba el huevo, porque el sufrimiento intenso podría perjudicar al huevo. La que pensó que el placer era un regalo sin darse cuenta que era para que se distrajesen totalmente mientras el huevo se formaba. La que no sabía que "yo" es apenas una de las palabras que se dibujan mientras se atiende el teléfono, mero intento de buscar una forma más adecuada. La que pensó que "yo" significaba tener un "yo mismo". Las gallinas perjudiciales al huevo son aquellas que son un "yo" sin tregua. En ellas el "yo" es tan constante que ellas ya no pueden pronunciar la palabra huevo. ¿Pero, quién sabe si no era de eso mismo que el huevo necesitaba? Pues si ellas no estuviesen tan distraídas, si prestasen atención a la gran vida que toma forma dentro de ellas, atraparían al huevo.

Comencé a hablar de la gallina y hace mucho que ya no hablo de ella. Pero aún estoy hablando del huevo.

Y es que no entiendo al huevo. Sólo entiendo de huevo roto: lo rompo en el refrigerador. Es de este modo indirecto que me ofrezco a la existencia del huevo: mi sacrificio es reducirme a mi vida personal. Hice de mi placer y de mi dolor mi destino disfrazado. El tener apenas la propia vida es, para quien ya vio el huevo, un sacrificio. Como aquellos que, en el convento, barren el suelo y lavan la ropa —sirviendo sin la gloria de un trabajo más noble— mi trabajo es el de vivir mis placeres y mis dolores. Es necesario que yo tenga la modestia de vivir.



La escritora Clarice Lispector en su estudio.

Tomo un huevo más en la cocina, rompo su cascarón, su forma. Y es a partir de ese preciso instante que nunca existió un huevo. Es absolutamente indispensable que sea alguien ocupada, que sea una distraída. Soy indispensablemente uno de los que reniegan. Soy parte de la mazonería de los que vieron una vez el huevo y lo niegan con el fin de protegerlo. Somos los que se abstienen de destruir y en eso se consumen. Nosotros, agentes disfrazados y distribuidos en los trabajos menos interesantes, nosotros nos reconocemos en ocasiones. En un cierto modo de mirar, en el modo de dar la mano, nosotros nos reconocemos y a esto llamamos amor. Deja de ser necesario el disfraz: aunque no se hable, ni se mienta, aunque no se diga la verdad, ni sea ya necesario disimular. El amor ocurre cuando nos es concedido participar un poco más. Pocos soportan perder todas las otras ilusiones. Están los que se consagran al amor pensando que el amor enriquecerá la vida personal. Pero es al contrario. El amor es, finalmente, la pobreza. Amor es no tener. El amor es, incluso, la desilusión de lo que se pensaba que era amor. Y no es un premio, por eso no invade, el amor no es un premio, es una condición concedida exclusivamente a aquellos que, sin él, corromperían el huevo con el dolor personal. Eso no hace del amor una excepción honrosa, él es concedido precisamente a los malos agentes, a aquellos que arruinarían todo si no les fuese permitido adivinar vagamente.

A todos los agentes le son dadas muchas ventajas para que el huevo se forme. No viene al caso tener envidia, pues incluso algunas de las condiciones, peores que las de los otros, son apenas las condiciones ideales para el huevo. En cuanto al placer de los agentes, ellos también lo reciben sin orgullo. Austeramente disfrutaban de todos los placeres, es incluso nuestro sacrificio para que el huevo se haga. Nos ha sido impuesta, incluso, una naturaleza muy adecuada para el placer. Lo que facilita, o por lo menos vuelve menos penoso el placer.

Hay casos de agentes que se suicidan: encuentran insuficientes las poquísimas instrucciones recibidas, y se sienten sin apoyo. Escuché el caso de un agente que reveló públicamente ser agente porque le resultó intolerable no ser comprendido, ya no soportaba más vivir sin el respeto ajeno: murió atropellado cuando salía de un restaurante. Escuché de otro que no necesitó ser eliminado: él mismo se consumió lentamente en la revuelta. Su revuelta comenzó cuando descubrió que las dos o tres instrucciones recibidas no incluían ninguna explicación. Escuché de otro también eliminado, porque le parecía que “la verdad debe ser valientemente dicha”, y comenzó en primer lugar a buscarla; de él se dice que murió en nombre de la verdad, pero lo cierto hecho es que él estaba haciendo más difícil la verdad con su inocencia; su aparente valentía era un disparate, y era ingenuo su deseo de lealtad, él no comprendía que ser leal no es cosa limpia, que ser leal es ser desleal con todo lo demás. Esos casos extremos de muerte no son por crueldad. Es que hay un trabajo, digamos cósmico, que debe ser hecho, y los casos individuales, infelizmente, no pueden ser tomados en consideración. Para quienes sucumben y se vuelven individualistas es que existen las instituciones, la caridad, la comprensión que no discrimina motivos, nuestra vida humana, en fin.

Los huevos hacen toc-toc desde el refrigerador y, sumergida en el sueño, preparo el café de la mañana. Sin ningún sentido de la realidad, grito a los niños que saltan de varias camas, arrastran las sillas y comen, y el trabajo del día amanecido comienza gritando, riendo y comiendo, clara y yema, alegría entre migas, día que es nuestra sal y nosotros somos la sal del día. Vivir es en extremo tolerable, vivir nos ocupa y distrae, vivir hace reír.

Y me hace sonreír en mi misterio. Mi misterio es que yo soy apenas un medio, y no un fin, me han dado la más maliciosa de las libertades: pero no soy tonta y lo aprovecho. Incluso, francamente, hago un poco de daño a los demás. El falso empleo que me

dieran para disfrazar mi verdadera función, porque aprovecho el falso empleo y de él hago el mío verdadero: incluso el dinero que dan como diario para hacer más fácil mi vida, de modo que el huevo se forme, porque ese dinero yo lo he usado para otros fines, desví de fondos, últimamente compré acciones de Brahma y soy rica. A todo eso llamo aún tener la modestia necesaria de vivir. Y también el tiempo que me dieran y que nos dan apenas para que en el ocio honrado el huevo se forme, porque he usado ese tiempo para placeres y dolores ilícitos, olvidándome por completo del huevo. En esto consiste mi simpleza.

¿O es eso mismo lo que ellos quieren que me suceda, precisamente para que el huevo se cumpla? ¿Se trata de libertad o recibo órdenes? Porque vengo notando que todo lo que es error mío ha sido aprovechado. Mi revuelta es que para ellos no soy nada, soy apenas bonita: ellos cuidan de mi segundo a segundo, con la más absoluta falta de amor, pues soy apenas bonita. Con el dinero que me dan, ando bebiendo últimamente. ¿Abuso de confianza? Pero sucede que nadie sabe cómo se siente por dentro aquel cuyo empleo consiste en fingir que está traicionando y que termina dando crédito a su propia traición. Cuyo empleo consiste en olvidar diariamente. Aquel de quien es exigida una aparente deshonra. Ni mi espejo refleja ya un rostro que sea mío. O es un agente, o es la traición misma.

Pero duermo el sueño de los justos, pues sé que mi fútil vida no se interpone en la marcha del gran tiempo. Por el contrario: parece que se exige de mí que sea en extremo fútil, se exige de mí, incluso, que duerma el sueño de los justos. Ellos me quieren ocupada y distraída, y no les importa cómo. Porque con mi atención errada y mis grandes disparates, yo podría entorpecer lo que se está haciendo a través de mí. Y que yo misma, yo propiamente dicha, sólo he servido realmente para interponerme. Lo que me revela que tal vez yo sea un agente es la idea de que mi destino me sobrepasa: por lo menos eso debieran dejarme adivinar. Yo sería uno de aquellos que harían mal su trabajo si no adivinasen un poco; me harían olvidar lo que me dejan adivinar. Pero vagamente me quedó la noción de que mi destino me sobrepasa, y de que soy un instrumento del trabajo de ellos. Pero de cualquier modo es sólo un instrumento lo que podría ser, porque el trabajo no podría ser realmente mío. Ya probé establecerme por cuenta propia y no dio resultado, me quedó hasta hoy esta mano trémula. Si hubiera yo insistido un poco más, hubiera perdido para siempre la salud. Desde entonces, desde esa malograda experiencia, procuro pensar de esta manera: que ya me fue dado mucho, que ellos ya me concedieron todo lo que puede ser concedido; y que otros agentes, muy superiores a mí, apenas trabajaron también para lo que no conocían. Y con las mismas poquísimas instrucciones. Ya me fue dado mucho; esto, por ejemplo: de vez en cuando, con el corazón latiendo fuerte por el privilegio. Yo por lo menos sé que no estoy reconociendo, con el corazón latiendo fuerte por la emoción, yo por lo menos no comprendo, con el corazón latiendo con fuerza por la confianza. Yo por lo menos no sé.

¿Pero y el huevo? Este es uno de los subterfugios de ellos: mientras yo hablaba sobre el huevo, me había olvidado de él. “Habla, habla”, me instruían ellos. Y el huevo quedó enteramente protegido por tantas palabras. Hablar mucho es una de las instrucciones, estoy tan cansada.

Por devoción al huevo lo olvidé. Mi olvido necesario. Mi ruin olvido. Porque el huevo es un esquivo. Delante de mi posesiva adoración él podría retraerse y no volver nunca. Pero si él fuera olvidado. Si yo hiciera el sacrificio de vivir apenas mi vida y de olvidarlo. Si el huevo fuera imposible. Entonces, libre, delicado, sin mensaje alguno para mí, tal vez una vez más, se mueva por el espacio hasta esta ventana que desde siempre tengo abierta. Y de madrugada baje a nuestro edificio, sereno hasta la cocina, iluminándola con su palidez, que también es la mía.

Embrionario

Claridades

Magda Escareño

IV Condensado espía:

La esencia que se siembra en concepto fértil, expuesto ante la intemperie, sí, siempre está presente en las visiones: Brotan en imágenes del recuerdo y hallan el objeto, impregnado de la sustancia sudorosa, que fue metamorfoseado para permanecer incólume. No, no es lo mismo, ya nunca más será lo mismo.

El gato blanco

Norma Navarrete

I

Hace un par de días,
llegó a mi casa, un gato blanco
de mirada acuática.

No se ha querido marchar.
Yo creo que no tiene a dónde ir.
En este momento a la 1.29 a.m.
El gato blanco y la lluvia,
me acompañan.

Él, al pie de una escalera azul.
La lluvia toca con dedos finos,
las notas de un piano universal.

Mientras, yo realizo mi programación
para los primeros meses de cuarentena;
enseñando a los niños a hacer arte,
con reciclado, en medio de la incertidumbre.

II

El gato blanco es como los niños
se une con apego a mi casa
y no puedo quitarle.

Su mirada es cristalina y risueña.
Igual que la de todos ellos,
cuando quieren algo
y se encargan de conseguirlo.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

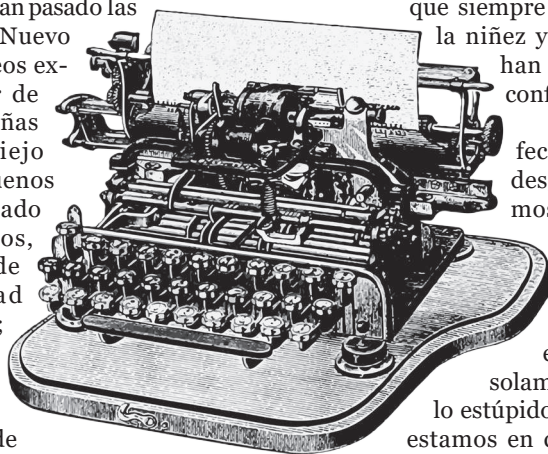
Cosas de Navidad y Año Nuevo

Carlos Caco Ceballos Silva

INVIERNO 2000. Han pasado las navidades, el Año Nuevo y los mejores deseos expresados al calor de las festividades navideñas y la despedida del viejo año, y ojalá en estos buenos deseos se hayan arraigado en muchos de nosotros, para encontrar algo de la paz y tranquilidad que tanto anhelamos; la comprensión, la bondad y la caridad tan primordiales para lograr nuestros fines de conciencia y tan difíciles como para adoptarlas como norma diaria en nuestras vidas. A diario encontramos pequeños vendiendo chicles, semillas y golosinas, y ancianos y ancianas pidiendo caridad, pero para nuestras conciencias siempre encontramos, para los primeros, que no mascamos gomas y que no comemos nada entre las comidas, cuando sabemos que esos pequeños andan por las calles y jardines no por divertirse, sino tratando de ganar un poco para llevar algo a sus familias necesitadas, y que a nosotros no nos pasa nada comprándonos cualquier cosa que después regalaremos a otros chiquillos que encontraremos.

Parecido nos sucede con los pordioseros, que por carecer de oficio, familiares o amistades, tienen que vagar calle por calle o sentarse en un quicio a levantar la mano y nosotros pasamos de largo por llevar prisa, sencillamente por creer que por flojo o por ser una india de Michoacán no tienen derecho de recibir una ayuda y que para muchísimos de nosotros es de facilísima realización.

Y así como la Navidad es una fecha cristiana de fraternidad, parabienes y de buenos deseos de fin de año, qué bueno sería que esos efectos permanecieran en cada día de nuestras vidas para mejoramiento de nuestros semejantes y desaparecieran las faltas y los actos de incomprensión,



que siempre hemos heredado desde la niñez y que desgraciadamente han fructificado o florecido conforme vamos viviendo.

La soberbia, el peor defecto, pecado o yerro que desgraciadamente cometemos a diario, al sentirnos poderosos e inteligentes y superiores a los demás, es de seguro el más aferrado a nuestros espíritus acomplejados, y solamente así comprendemos lo estúpido que somos al creer que estamos en condiciones de usurpar el derecho que solamente tiene Él para juzgar. La avaricia y la envidia, sus hermanas menores, son iguales de destructoras al querer tener más aún a costa de los demás y el de ansiar lo que tiene su vecino; son deseos insanos que debemos comprender que solamente nos encaminan a sentir la intranquilidad o el desasosiego que quitan la felicidad a nuestras conciencias.

Así como la Navidad es una fecha cristiana de fraternidad, parabienes y de buenos deseos de fin de año, qué bueno sería que esos efectos permanecieran en cada día de nuestras vidas para mejoramiento de nuestros semejantes

En los actuales tiempos, tan marcados de desigualdades sociales, es cuando más debemos los que tenemos algo que dar, volvernos más bondadosos y comprensivos. Con nuestras familias, con nuestros padres, con nuestros hijos, y con nuestros amigos, ayudarlos, aconsejarlos y tenerles paciencia en lugar del reproche injusto, la burla y la desatención.

Dios quiera que lo que oímos en la Navidad de buenos deseos y lo de un próspero Año

Nuevo y nuestros propósitos de ser mejores sea una realidad, realidad que desde luego beneficiará a nuestros hermanos, pero más a nosotros mismos. Desde luego también apelaría a los “mandamases” que por su paciencia deben ser indulgentes con sus subordinados. Ojalá y todo lo malo quede atrás y la buena voluntad para los subordinados, tontos y que carecen de apoyos económicos, para que una mejoría sea una hermosa realidad para los pocos y para los muchos.

* Empresario, historiador y narrador.

Mi problema con las clases de literatura

(Parte 2)

Brandon Enciso Alcaraz

Siguendo con el tema de la semana pasada, tenemos nuestro primer problema en las clases de literatura, su enfoque. Y como no me gusta nada más quejarme, propongo una solución, al menos, a grandes rasgos.

Como ya lo dije y repito, las sesiones fallan al buscar ser clases de historia de la literatura, una material útil siempre y cuando seas estudiante de la materia, pero por completo absurda si eres alguien que no lee o muy apenas lo hace. Es el equivalente a enseñar historia de las matemáticas en lugar de su uso, vaya.

El abordar los textos por orden cronológico es un error, no despierta interés, no motiva, son contados los casos de estudiantes que se sienten invitados a leer de esta forma, puesto que las lecturas les son ajenas, el lenguaje es lejano, e incluso, inaccesible, y las problemáticas, distantes. La mejor clase de literatura debe olvidarse de enseñar historia para volverse un taller literario donde el maestro y los alumnos se retroalimenten.

Un buen primer ejercicio es, por más trillado que suene, invitar a los estudiantes a presentarse, pero, alejándonos de la fórmula de preguntarles qué esperan de la materia, indagar sobre sus gustos, intereses y lecturas previas, en caso de existir éstas. Otra buena herramienta es preguntarles sobre sus series, películas y géneros preferidos, prestando atención en todo momento al eje temático de los productos que consumen, a fin de preparar sesiones con lecturas donde estos temas se toquen.

Si, por ejemplo, en un aula de 30 alumnos tenemos la constante de que al menos 10 muestran intereses por productos como Star Wars o The Walking Dead, podemos irnos a las bases del género que dieron origen a éstos, con au-

tores como Phillip K. Dick o Frank Herbert, o buscando cuentos de terror como los escritos por Edgar Allan Poe o Guy de Maupassant.

Si por otra parte, un grupo mayoritario del alumnado mostrase interés por historias de corte romántico, tenemos todo un siglo de novelas y cuentos que llevarles, e incluso autores contemporáneos nos pueden servir, como Mario Benedetti, quien con su novela corta, *La Tregua*, jamás me ha fallado a la hora de conmovir al alumnado acostumbrado a la historia rosa, al tiempo que le invito a explorar nuevas narrativas.

Lo importante será, además, que el docente no se pierda ni se cierre, y que esté siempre atento a la respuesta de su público. El objetivo es, recordemos, que nazca el gusto por la lectura, no imbuir en las jóvenes mentes toneles de literatura clásica sin contexto sólo porque nos encontramos un listado de “lecturas imperdibles” en nuestra búsqueda de 10 minutos por Google, táctica que, por cierto, he visto en la práctica, con los resultados ya esperados.

Lo mejor, entonces, será que el docente, al tiempo que conoce a su alumnado en una primer clase, tenga ya un listado de lecturas para cada escenario, y dedique tanto tiempo como pueda a adquirir nuevos textos, que se abra incluso a las recomendaciones de su alumnado, y no le haga el feo a uno que otro *best seller* contemporáneo, puesto que conocer sus tramas base nos permitirá hilar mejor a dónde guiamos a nuestros estudiantes, a fin de no perderlos luego de hacerlos leer, por alguna razón ya olvidada, al *Lazarillo de Tormes*.

Queda cerrada la idea por hoy, aunque tengo otra carta a la mano, pero ya la veremos la próxima semana.